

se me comunicaba. Sentía el soplo vivífico de las alas de aquel ángel, que algo me participaba de su amor á la virtud, cuando recordaba que en aquel mismo lugar y á la edad ternísima de siete años había pronunciado el voto de perpetua virginidad.

¿No es verdad, oh jóvenes, que sentimientos parecidos llenan vuestras almas cuando en este solemne aniversario levantáis los ojos á la montaña en que se eleva vuestro histórico castillo, ó los bajáis hacia las olas que lamen vuestro puerto, recordando que por aquí dos veces pasó el joven Luis esparciendo el suave olor de sus virtudes, y dejando tales huellas que ni tres centurias han podido borrarlas? ¡Qué sentirán hoy día vuestros compañeros, que en piadosa peregrinación han ido á la gloriosa montaña de Montserrat, á postrarse en el mismo pavimento en que Luis virtió fervientes oraciones ante la milagrosa imagen de María!

Donde quisiera yo muy particularmente mostrároslo es en la corte de Madrid, brillante hoy día, y entonces el modelo de las de Europa. Recordad que ocupa en ella un alto puesto al lado de su soberana y que se ve obligado á asistir á las fiestas y saraos, á los torneos y corridas de toros. Y sin embargo, nada observa, nada lo atrae, no ha visto ni el rostro de la augusta señora á quien sirve. La oración y el estudio llenan su tiempo; huye de inútiles visitas, pero cumple todos los deberes que en el mundo le imponen la obediencia y su altísimo rango.

Se os ha familiarizado recientemente con la figura del Marquesito de Castiglione vestido con el traje llamado á la española antigua, con la espada al cinto, y la alta golilla circundando su delgado cuello. Recuerdo cuando

por primera vez salió de las empolvadas paredes de antiguo palacio el viejo cuadro al óleo, de que se han sacado los grabados que tan bien conocéis. Este es el retrato que quiero que esté en todas las aulas y contemplen los congregantes (me decía un venerable y experimentado Padre). Deseo que los jóvenes del día lo admiren como seglar y recuerden sus primeros años, más bien que los últimos que pasó en la religión. Que un religioso sea santo á nadie asombra; pero que en el mundo y en la corte, un joven, un niño perteneciente á la grandeza, rodeado de peligros y tentaciones, se conserve puro é inmaculado, y avance continuamente como Jesús en gracia y en virtud al mismo tiempo que en edad, eso sí que es admirable, eso deseo que vean los jóvenes del día, en esto quiero que mediten, este ejemplo suspiro porque sigan.

Estas palabras quedaron profundamente grabadas en mi memoria, y al ser invitado á pronunciar el panegírico de Luis de Gonzaga delante de esta piadosa congregación, me propuse presentarlo delante de vuestros ojos como joven seglar, dejando á otros que lo pinten como modelo del novicio y del religioso.

En el cuadro á que aludo notaréis su semblante demacrado y su cuerpo enjuto; cosa extraña al parecer en quien vive en la corte. Bien sabéis por qué. Primero por enfermedad, luego por puro espíritu de penitencia, se sujeta á un ayuno tan riguroso, que asustaría al más austero anacoreta. Pasa las noches en oración, se mortifica aun durante el sueño, sus espuelas suplen con ventaja á los acostumbrados instrumentos de penitencia que no le es dable por ahora adquirir. ¡Jóvenes! Tal es el ángel

del Señor cuyas huellas habéis de seguir y que os ha precedido en el camino que os ha de conducir al cielo. No os será dado, como á él, recibir la primera comunión de manos de un San Carlos Borromeo; pero sí podéis, imitando su ejemplo, recibir á menudo el augustísimo Sacramento, y pasar los días que medien entre comunión y comunión, ya sea dando gracias por la pasada, ya sea preparándose á la venidera.

¡Cosa extraña, pero verdadera! Hasta los ángeles tienen flaquezas. No me refiero ahora á los que cayeron del cielo en el principio, sino á los que el Señor suscita de cuando en cuando en la tierra. Dígalo si no Santa Teresa de Jesús, perdiendo algún tanto su buen espíritu con la lectura de libros de caballerías y el contacto con el mundo. Tal confiesa Luis que le sucedió á él también en las cortes de Madrid y Florencia; y os lo recuerdo, oh jóvenes, para que toméis vosotros las debidas precauciones; para que no os desaniméis si el hálito envenenado de la tentación viene á azotar vuestro rostro, y para que os levantéis sin tardanza, si sufrís alguna caída ó aun un leve tropiezo.

¡Oh Mantua, ciudad eternamente célebre y celebrada, en los tiempos antiguos, en la edad media, y en la época moderna! Confieso que la primera vez que fuí á visitarte llegué atraído por los recuerdos históricos, y deseoso de meditar, más bien que en tus santuarios, en los lugares habitados por tu Virgilio. Pero confieso al mismo tiempo que olvidé á tu *cisne* para acordarme sólo de tu ángel, de tu Luis. Parecióme verlo acogerse presuroso á tus muros, para renunciar á sus bienes y á sus títulos, y refugiarse en el puerto seguro de la Religión.

Parecióme verlo radiante de gozo al vestir por primera vez el glorioso uniforme de esa Compañía de Jesús, recién establecida, en la cual estaría al abrigo de toda ambición, de todo peligro, y en que tendría cerrada la puerta aun de las dignidades eclesiásticas.

¡Jóvenes congregantes! aquí me veo obligado á detenerme un momento, y aun á contradecirme. Os dije al principio: he aquí el ángel cuyas huellas habéis de seguir, y ahora me veo forzado á exclamar: no, no lo sigáis. A ese santuario no debe entrar sino el llamado por Dios, como Aarón, y muy pocos son los escogidos para traspasar ese dintel. Pero los que fueren de este pequeño número, ¡oh! no vacilen en seguirlo, y todos, todos, imiten cada cual en su esfera, su obediencia, su espíritu de oración, su íntima unión con Dios, su angelical pureza. Sobre todo, el hábito de enderezar al Señor aun las acciones más triviales de la vida, y de hacerlo todo como nos recomienda el Apóstol á la mayor gloria de Dios, ya sea que comáis, ó bebáis, ó durmáis, bien podéis adquirirlo en el siglo, como San Luis en la Religión. Siempre que veo en los colegios y en las campiñas los inocentes juegos de los estudiantes y campesinos, se me figura ver entre ellos á dos insignes santos. El uno es San Felipe Neri jugando con los pequeñuelos para apartarlos de diversiones peligrosas: el otro es San Luis de Gonzaga, en los jardines del Noviciado de Roma. ¿Recordáis cuando una vez los novicios, en medio del juego, empezaron á manifestar lo que harían si un rayo cayera subitáneamente en medio del alegre círculo?—Yo soltaría inmediatamente la pelota y demás instrumentos, y caería de rodillas implorando misericordia (decía uno).

¡Qué actos de contrición tan fervientes haría yo (añadía otro). Yo seguiría jugando, replicó Luis interpelado. ¡Oh alma cándida y pura! ¿Quién estuviera tan preparado cual tú para la muerte, que pudiera así responder á todas horas y en todas ocasiones! Jóvenes congregantes: sé que os deleitáis también vosotros en los inocentes juegos que recreaban á Luis de Gonzaga en aquellos días. Uníos á Dios de tal suerte, que podáis seguir jugando, aunque en medio de ellos resuene la terrible trompa que os convoque al juicio de Dios.

Antes de conducirnos á la dichosa celda en que hoy hace 300 años, casi á estas mismas horas, abandonó el ángel de Gonzaga el peso de su cuerpo y voló al altísimo trono de gloria en que desde luego lo vió Santa María Magdalena de Pazzi, dejad que os haga una pregunta que á menudo me he propuesto á mí mismo. ¿Por qué en ese siglo de los grandes santos y de los grandes ingenios sobre todo, por qué dispuso la Providencia que un ingenio tan grande y un santo tan colosal brillase tan breve tiempo sobre la tierra? Ni veinticuatro años de edad contaba cuando entregó al Creador su alma inocente, y de éstos ni aun siete había pasado en la Compañía de Jesús. ¿Por qué hacerlo lucir como fugaz meteoro cuando podía haber resplandecido como astro de primera magnitud? Á pesar de su habitual retraimiento, cuando se trató de pronunciar un discurso delante del Rey de España, lo hizo con tal despejo y en latín tan puro, que desde luego lo declararon elocuente orador. ¿No hubiera dado mayor gloria á Dios, si hubiera sido un Bourdaloue ó un Segneri, y hubiera convertido, como ellos, á innumerables pecadores? Sin haber aún estu-

diado teología disputó en la Universidad de Alcalá con tal acierto que no se admiraron después sus maestros en Roma de que más pareciera profesor que escolar, cuando se entregó al estudio de la ciencia divina. ¿No habría sido más útil para el mundo, si hubiera vivido lo bastante para convertirse en un Suárez, en un Vázquez, en un Tomás de Aquino? El que nunca buscó las glorias del guerrero, que nunca cometió sino las dos levisimas culpas que bien conocemos, que nunca aspiró siquiera á la legítima fama que aun al varón de Dios pueden dar las letras, ¿no merecía ser caudillo de numerosa hueste religiosa como Ignacio de Loyola, regir la numerosa Compañía á que ha dado tanto lustre, como Francisco de Borja, ser el Apóstol de nuevos mundos como Javier? No pretendamos, miserables mortales, investigar los designios de la Providencia; pero se me figura que si hubiera vivido más años, las virtudes de su juventud se habrían ofuscado ante las glorias de la edad madura, y ya no inspiraría á los niños esa tierna confianza que hace ahora que corran tras el suave olor de su pureza. Hoy, como dice San Bernardo de la Virgen Santísima, nada hallamos en Luis que nos retraiga, que nos intimide, que nos avergüence; nada hay en él austero; todo es dulce, todo es agradable. Dios, que quiso darlo por patrono á la estudiosa juventud, dispuso que no pasara de la edad juvenil, para que siempre los niños lo consideren en cierto modo como su igual, como su compañero, como un modelo fácil de imitar.

No lloremos, pues, al entrar en su cámara mortuoria ni pidamos al Señor que prolongue sus días. En los pocos que ha vivido sobre la tierra ha atesorado más vir-

tudes que mil ancianos, y bien merece que repitamos al verlo espirar las palabras del Eclesiástico: *Consummatus in brevi explevit tempora multa.*

¡Jóvenes cristianos! Yo os felicito porque habéis tomado una parte tan activa en la celebración de estas fiestas seculares. ¿Qué rincón hay en el mundo en que no estén resonando en este momento las alabanzas de Luis? Desde su glorioso sepulcro hasta la última choza de las antípodas en que se ha predicado el Evangelio, todos hablan de Luis, todos lo proponen por modelo á la juventud, y en todas partes parece que retumban las palabras que tantas veces he pronunciado: *præcedet te angelus meus.* Este es el ángel predilecto de Dios que ha de ir delante de la juventud cristiana en la tierra y en el cielo. Sed como él, obedientes y puros, dóciles y mortificados, unidos con Dios y caritativos con el prójimo. Dad la vida por vuestros hermanos como él dió la suya, asistiendo á los apestados y contrayendo así la enfermedad que lo llevó al sepulcro. Despreciad como él el mundo y resistid á las asechanzas de los enemigos de vuestra alma. Seguid en todo sus huellas y con él volaréis al cielo. Allá arriba el coro de vírgenes sigue de cerca al Cordero, y aquí en la tierra los niños cándidos y puros siguen de cerca al angélico joven Luis de Gonzaga. Señal de pureza interior es pertenecer á las congregaciones que llevan su nombre, y cumplir sus reglamentos, y ser devotos de Luis de Gonzaga. Mala señal es, en verdad, cuando un joven empieza á apartarse de estas piadosas reuniones, ó á omitir las dulces prácticas impuestas por las reglas. Libreos el cielo de semejante inconstancia, precursora de males mayores. ¡Que Luis

de Gonzaga sea de veras el ángel que guíe vuestros pasos en el tiempo y en la eternidad!

El Cardenal Belarmino, confesor de Luis mucho tiempo, deseaba ser enterrado á los piés de su angélico penitente. Yo no me atrevo á expresar semejante deseo; pero sí os suplico roguéis á vuestro patrono me permita ocupar un lugar no muy lejos de su trono en el celeste alcázar. Rogadle igualmente que todos, viejos y jóvenes, los que no lo hemos seguido en su vida inocente, lo imitemos al menos en su penitencia: *ut innocentem non sequuti, pœnitentem imitemur.*

